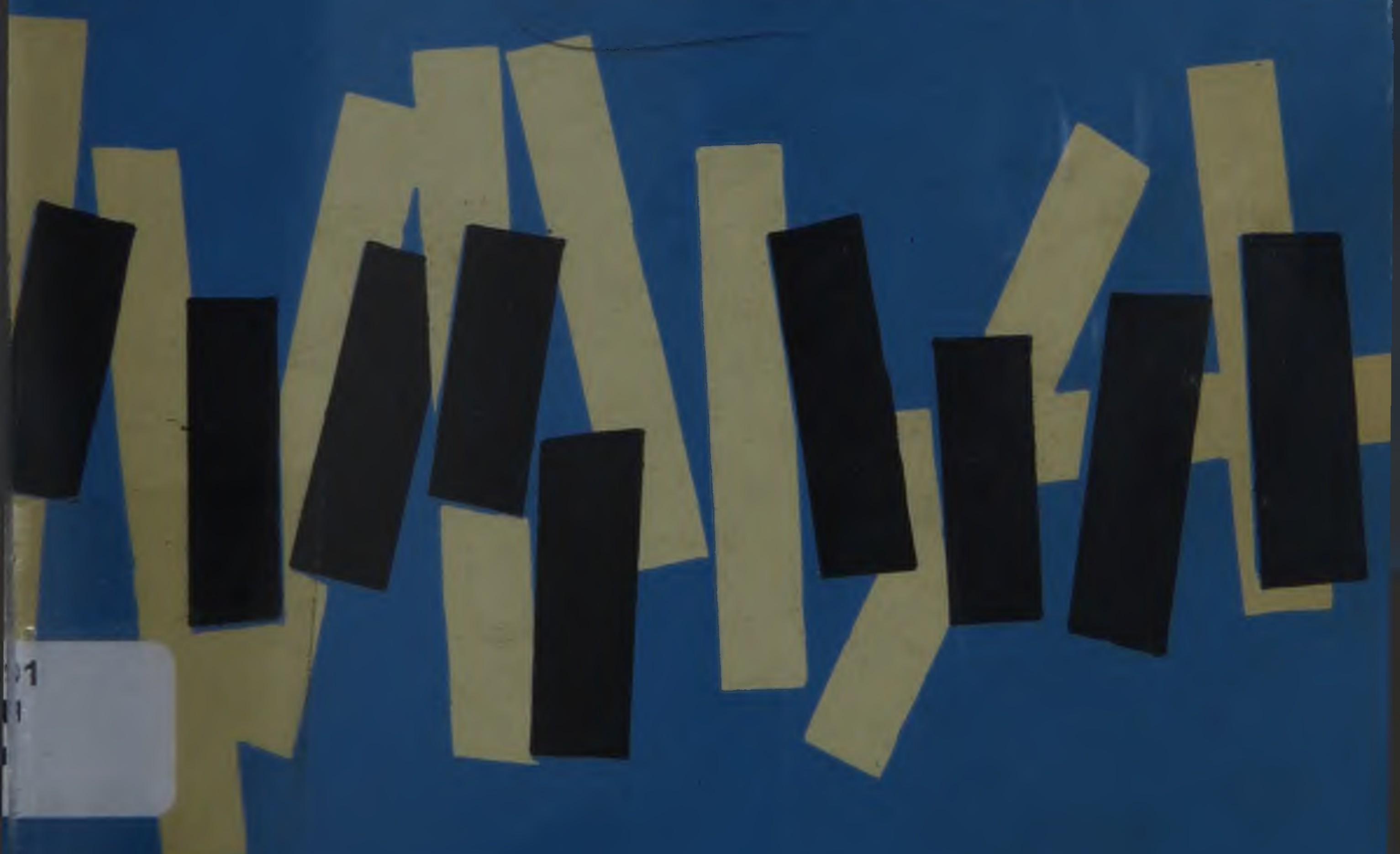
GERVASIO Y ALVARO GUILLOT MUÑOZ

La leyenda de Lautréamont



CUADERNOS DE LITERATURA 21
Fundación de Cultura Universitaria

Gervasio
y
Alvaro Guillot Muñoz

LA LEYENDA DE LAUTREAMONT

CUADERNO DE LITERATURA/21
Fundación de Cultura Universitaria
Montevideo - 1971

Colección coordinada por
Prof. Lídice Gómez Mango
y Br. Rafael Varela

Fundación de Cultura Universitaria
25 de mayo 537 - telf. 91 33 85
Casilla de Correo 1155
Montevideo - Uruguay

PROLOGO

Dr. Carlos Martínez Moreno

P R O L O G O

La leyenda de Lautréamont se origina en la confluencia de una obra importantísima y averiguada, por una parte, y una existencia escueta, evanescente y conjeturada por otra. Los métodos de crítica e investigación que siguen estribando en la pareja conceptual Vida/Obra, se detienen aquí ante una laguna incolmable. Una laguna que sigue siendo incolmable a pesar de que la fortuna literaria de Lautréamont ha venido suscitando, desde los días de los hermanos Guillot Muñoz a los días que corren, una copiosa bibliografía. A falta de asideros mayores en la circunstancia biográfica, esa investigación -incluida recientemente la de los estructuralistas- se ha aplicado a *Les Chants de Maldoror* y al prefacio de las inencontradas *Poésies*, indagando sus modos de composición, sus claves internas, sus significados sustanciales. Paradojalmente, pues, la intangibilidad facticia de la persona Isidore Ducasse ha beneficiado y enriquecido a la exégesis de la obra de Lautréamont. Desaparecido "sans autres renseignements", según lo hace constar la partida de defunción, y en ambigua y certera correspondencia con la forma en que hasta ese final temprano y abrupto había vivido, Ducasse mismo se convierte casi totalmente en un misterio, sólo elucidable a la luz de su obra, breve pero tremenda.

Como en el caso de algunos grandes de las letras francesas (pienso en Rimbaud y, *toute proportion gardée*, en Radiguet) la increíble precocidad es el inquerido pero revelador trasunto trágico de una enérgica, apresurada, vertiginosa combustión vital. Y al igual que en otras imágenes -como él veneradas por el surrealismo y, en algún caso, irradiadas o nacidas dentro de él (pienso esta vez

en Nerval y en Antonin Artaud)- un destino de exclusión social acaso voluntariamente perseguida, una suerte de escritura maldita de la existencia misma (traspuesta a la creación literaria y sublimada en ella) lo acompaña; y en un grado de identificación entrañable con su aliento de poeta, se vuelca en una obra sacudida e intensa, relampagueante, desgarrada hasta el hueso.

Esa ejecutoria poética y el anigmático soporte humano que se adivina (más que atisba) tras ella, no han hecho más que crecer desde los días iniciales del libro de los hermanos Guillot Muñoz hasta hoy. A partir de Remy de Gourmont y, sobre todo, de Andrés Breton (y de *Les Pas perdus*) la posteridad literaria de Lautréamont se ha vuelto invasora y, ni que decirlo, definitiva.

En su *Anthologie de l'humoir noir*, Breton discierne en estas justas palabras la proyección abierta de la obra y la influencia de Isidore Ducasse:

"Todo lo que, durante siglos, se piense y se emprenda como más audaz, ha encontrado aquí el modo de formularse de antemano en su ley mágica. El verbo, y no ya el estilo, sufre con Lautréamont una crisis fundamental: él marca un *recomienzo*. Se han dado allí los límites en los cuales las palabras podían entrar en relaciones con las palabras, las cosas con las cosas. Un principio de mutación perpetua se ha apoderado de los objetos como de las ideas, tendiendo a su liberación total, que implica la del hombre. En este sentido, el lenguaje de Lautréamont es a la vez un disolvente y un plasma germinativo sin equivalentes".

Pero este pequeño prólogo no fue apalabrado para hablar de Lautréamont ni soy yo un especialista en el tema. Fue convenido, en cambio, para situar el trabajo de los hermanos Guillot Muñoz y decir, al respecto, algo más de lo que refiere el Apéndice. Porque tal apéndice, escrito

por la Profesora María Elena Martínez de Guillot, esposa de Gervasio Guillot Muñoz, se atiene a infranqueables límites de discreción que lo llevan a ser enteramente objetivo; más aún, que lo confinan a ser servicialmente informativo. La devoción con que la autora ha custodiado siempre los papeles (éditos e inéditos) de los hermanos Guillot Muñoz, aparece aquí cohibida por las famosas generales de la ley. Como a mí ellas no me comprenden, puedo internarme en otros terrenos.

No tuve la suerte de conocer personalmente a Gervasio Guillot Muñoz, quien había nacido el 27 de setiembre de 1897 y moriría el 26 de octubre de 1956. Conocí a su hermano gemelo Alvaro, quien lo sobrevivió hasta este mismo año (murió en Niza el 18 de marzo de 1971) y pude mantener con él dos o tres enjundiosas conversaciones, en París y en Roma.

He escrito más de una vez acerca del papel importante que asigno a ambos hermanos en la historia de nuestras letras: fueron los propulsores y fundadores de la revista La Cruz del Sur, fuente de consulta imprescindible para todo investigador que se proponga el tema de nuestras letras en las décadas segunda y tercera de nuestro siglo. Gervasio vivió años en la Argentina, como perseguido de la dictadura terrista; y su esposa alude, en el Apéndice, al allanamiento policial practicado en su casa durante la Revolución de Enero de 1935, a raíz del cual allanamiento desapareció la única foto que se conservaba de Isidore Ducasse. He aquí un sello policial uruguayo para el rostro inescrutable de Lautréamont, del mismo modo que Soupault sospecha que haya existido un sello policíaco parisiense para la persona y la vida del poeta en la mención "sin otros datos" que consigna el acta de deceso labrada según los testimonios de un hotelero y un mozo, clásicos soplones de las policías de todas las ciudades.

En ese año del allanamiento y del destierro, en el - otoño y en el invierno bonaerenses de 1935 aparecieron en el suplemento dominical de La Nación -reelaborados y, en parte, simplemente traducidos al español- los materiales que "G. & A. Guillot Muñoz" (según rezan carátula y portada de Lautréamont & Laforgue de 1925) habían utilizado en el libro escrito en francés y editado en Montevideo diez años antes.

Alvaro fue diplomático y en esas ocupaciones lo conocí. Gervasio enseñó Literatura Francesa, con muy alta competencia, en nuestra Facultad de Humanidades. Ambos produjeron y suscribieron (casi siempre juntos) una obra crítica distinguida: bien informada, sagaz y bien escrita. Más de una vez me he ocupado del opúsculo que -ése sí- escribió en autoría singular Gervasio Guillot Muñoz acerca de La conversación de Carlos Reyles (así como Alvaro había - escrito un ensayo sobre Reyles para el primer tomo de la Historia sintética de la Literatura Uruguaya, dirigida -- por el mismo Reyles en ocasión del centenario constitucional de 1930). Y he dicho que ese librito testimonial, que da fe del encanto arbitrario y aún atrabiliario -a veces dudoso, o quizá contrapesado por la antipatía de los conceptos políticos- de un Reyles coloquial que Guillot conoció y por quien fue frecuentado, es un producto de civilizada madurez de ésos que entre nosotros no abundan. En -- esas tareas de esclarecimiento culto, de justa situación, de exacta proporción o correlación adecuada de textos literarios, la obra de los hermanos Guillot Muñoz es ejemplar; ejemplar para su tiempo y su país (más fáciles y menos exigentes que ellos), ejemplar para la historia de -- nuestras letras.

La señora Martínez de Guillot refiere, en el Apéndice, las circunstancias en medio a las cuales vieron la -- luz, en 1925, el artículo de Alvaro Guillot Muñoz en la - Revue de l'Amérique Latine y el libro de los dos hermanos, impreso en Montevideo en los talleres de Barreiro y

Ramos y con el doble pie de imprenta, francés y uruguayo, de la Agencia General de Librería y Publicaciones. El libro carece de colofón, su carátula rojinegra y su portada lo sitúan en Montevideo y en MCMXXV y la señora Martínez de Guillot lo fecha, con mayor precisión, en setiembre de ese año. El número de la Revue de l'Amérique Latine es del mes de febrero y allí se publica, por primera vez, el testimonio del Vicario Howard, de la Basílica Metropolitana de Montevideo, referido al acta de nacimiento de Isidore Ducasse. El libro incluye el facsímil del acta misma, entre otras reproducciones: la de la pila bautismal de la Matriz, la de la Plaza Constitución, incluyendo una vista de la Catedral y del Hotel Pyramides, maderas de Melchor Méndez Magariños y una de Adolfo Pastor, que aventura un perfil fisonómico posible del elusivo Ducasse.

Tengo ahora en mis manos ese libro, hoy inencontrable. De página 7 a página 66 corre el ensayo sobre Lautréamont; de página 67 al final (página 93) el ensayo sobre Jules Laforgue, aquí con mayor iconografía familiar y un epítome estrictamente crítico acerca de la pretendida quiebra del laforguismo (La pretendue faillite du Laforguisme).

Pienso que en una próxima edición, al trabajo que hoy se publica con el título genérico de una de sus partes (La leyenda de Lautréamont) podría agregársele la traducción de los ensayos sobre Laforgue y un estudio sobre Julio Supervielle, firmado por Gervasio Guillot Muñoz y aparecido en el tercer tomo de la mencionada Historia sintética de Reyles. Tendríamos así, de la pluma de los Guillot Muñoz, una junción de estudios sobre los tres poetas franco-uruguayos, a quienes se acostumbra hacer aparecer en una tríada, incluso por quienes no han leído a ninguno de ellos (lo que no ha impedido que los conviertan en trinidad de plaza pública).

El libro de los hermanos Guillot Muñoz es un hito fundacional en toda pesquisa sobre los orígenes montevideanos de Lautréamont. Philippe Soupault lo saquea en el prólogo escrito para las Oeuvres complètes du Comte de Lautréamont editadas en París y "Au sans pareil" dos años después (en M.CM.XXVII, según el sistema de datación allí utilizado). Soupault cita la plaquette de los hermanos Guillot Muñoz (sic) al pasar, en nota al pie de página 16; y luego traslada sin mayores escrúpulos todas las referencias del libro acerca de la figura del canciller de consulado François Ducasse, padre del poeta, así como todos los detalles de decorado de infancia y adolescencia de Isidore (muros, vasos de Toledo, estribos, bombillas, mates, reñideros de gallos y canchas de taba) como si tales descubrimientos le perteneciesen o fueran, al menos, un lugar común secularizado por la bibliografía de la época.

Hoy, que tanto se ha adelantado -según métodos de investigación estilística y de análisis estructural de la más reciente data- en el estudio y la exégesis de Maldoror y Poésies, los aportes de los hermanos Guillot Muñoz quedan como una suerte de inamovible piedra fundamental en la averiguación biográfica y en la primera aproximación crítica lautreamontianas. En tal carácter los publicamos ahora, rescatándolos de la forzada desmemoria y aún de la paladina ignorancia que, para el lector actual, suponen el agotamiento y la inencontrabilidad de los textos de 1925.

La señora Martínez de Guillot ha escrito, a nuestro pedido, un breve Apéndice que comprende la justificación de la presente edición y una reseña, mezclada a circunstancias azarosas que en algún caso le tocó vivir, de la posible imagen física, conjeturada y casi totalmente desvanecida, del adolescente Isidore Ducasse.

Compartimos con la señora de Guillot la responsabilidad del título puesto genéricamente a este volumen. Los

ensayos de los hermanos Guillot Muñoz conservan en esta edición sus títulos originales: *Primer documento sobre Lautréamont* y *La leyenda de Lautréamont*. Hemos pensado que este segundo título podía convenir al conjunto de ambos trabajos. Tiene la ventaja de haber pertenecido a los autores y de abarcar la materia total del fascículo; porque también el primer documento se suma a la elucidación de los enigmas de esa leyenda, sin llegar a despejarla y, antes bien, contribuyendo a alimentarla.

Con igual devoción a aquélla que movió a la autora del Apéndice a prometer hace años esta edición a un puñado de jóvenes devotos de Lautréamont, la entregamos ahora a un más vasto público juvenil; acercándole así, junto a la de Lautréamont, la imagen de dos maestros uruguayos a quienes no ha tenido casi oportunidad de leer y por cierto que ninguna de escuchar.

PRIMER DOCUMENTO SOBRE LAUTREAMONT

PRIMER DOCUMENTO SOBRE LAUTREAMONT

De todos los escritores de la última centuria, Lautréamont ha sido el que eludió con más cordura las majaderías de la analística y la indiscreción de los documentos registradores.

El destino lo ocultó tras una densa cortina de humo por la que el poeta desapareció sin episodios verificables ni huellas homologadas.

Detrás de ese impenetrable cirrus, Lautréamont se volatilizó en un momento de distracción de sus coetáneos. De ahí pasó a la jerarquía de fantasma para desesperar a los historiógrafos y confundir a los críticos. En momentos en que la delicuescencia finisecular se infiltraba por todos los ámbitos de la vida parisina y cundía hasta Europa Central y balcánica, el energúmeno León Bloy y el erudito Rémy de Gourmont, hastiados de hacer méritos como franco-tiradores en la abigarrada falange simbolista, se pusieron a recorrer el suburbio de las letras excomulgadas. El gran público y la crítica oficial consideraron a estos dos "leaders" de la prosa fin de siglo con cierta suspicacia y estuvieron a punto de rotularlos como a meros descubridores de genios trasnochados.

Cierto día en que la atención mundial estaba concentrada en el anticlericalismo y las leyes obreras de la tercera República Francesa, la obra de Lautréamont era descubierta por León Bloy.

En primer término los cenáculos y revistas, luego - los periódicos y corrillos universitarios, y por último - algunas gradas del público lector de curiosidades, empeza ron a ocuparse de los "Cantos de Maldoror" y a propagar - el nombre de su autor, el "misterioso" Conde de Lautréa-- mont.

Pero, ¿acaso León Bloy era un "detective" capaz de - capturar una sombra? ¿O bien su conversión al catolicismo lo había llevado a negar el racionalismo de los documen-- tos y a simpatizar con el misterio que envolvía a Lautréa mont hasta certificar la existencia de este fantasma?

Es bastante probable que Bloy, por esos tiempos, se hubiera entregado a la lectura meditada de vidas de san-- tos, de relatos embebidos de aureola, de leyendas de bien aventurados y, simultáneamente con esas escalas devotas - en la hagiografía, tal vez hiciera exploraciones por el - satanismo de linaje medieval para robustecer mejor su fe de recién converso. De ahí que las demoníacas blasfemias de Lautréamont hayan impresionado hondamente el espíritu de Bloy, quien, aun en los momentos de mayor exaltación - ante los tabernáculos, no dejó nunca de ser un inexorable hombre de letras, un exégeta de libros.

¿Y quién era ese tal Conde de Lautréamont? Tal vez - un noble arruinado y aventurero, cuyos antepasados debie- ron soportar las incomodidades de la dictadura jacobina y las saetas del Comité de Salud Pública durante la gran Re volución.

Hubo algún descreido profesor de retórica y cierto - cronista mal pensado que se atrevieron a sostener en am-- biente heteróclito que Bloy y Gourmont se habían confabu- lado para hacer una broma apenas traviesa y embaucar a -- los editores más astutos y prevenidos; que el tal Conde - de Lautréamont jamás había existido y que los "Cantos de Maldoror" eran una lucubración de mesa de café montmartren se o de bohardilla tenebrosa de la calle Vaugirard.

Rubén Darío llegó a afirmar en ruedas de bohemios -- del Barrio Latino que Bloy había descubierto a Lautréa- - mont en una casa de salud flamenca.

"¿Quién no conoce al loco sublime encontrado milagro samente por León Bloy en un manicomio de Bélgica y que se llamaba el Conde de Lautréamont? París descubrió más tarde que el aristócrata demente y León Bloy eran una misma persona" Esta referencia hecha por Antonio Monteavaro en un artículo publicado en "La Gaceta de Buenos Aires" (Nº 22, año II, marzo de 1905) refleja el tono y las habladurías de las ruedas de café, supervivencia del París román tico de Balzac y "Los Miserables".

Cada tertuliano del café Vachette o del Francisco I se creía en la obligación de añadir algún episodio de la vida de Lautréamont, de adelantar una nueva conjetura sobre la intención esotérica de los "Cantos de Maldoror". - Así empezó a nacer la célebre leyenda lautreamontiana a - la luz indecisa del pico de gas, en el fondo del vaso de ajenjo -la musa verde de que hablaba Verlaine-, en el humo que salía de las pipas de los amigos de Moréas y de -- Tailhade, en el aire brumoso del "bar" de melenudos, en - el vagabundeo sin sentido, en el noctambulismo desquician te.

Rémy de Gourmont, el erudito inexpugnable, el espíri tu más ecuménico de esos tiempos finiseculares, había escrito que el Conde de Lautréamont se llamaba Isidoro Lu-- ciano Ducasse, y que ese enigmático personaje nació en -- Montevideo el 4 de abril de 1846. Sin embargo, el poeta - de Maldoror seguía siendo un ser intangible, huidizo, imposible de ubicar de acuerdo con las simples coordenadas del tiempo y del espacio. ¿De dónde sabía Gourmont el sitio y fecha del nacimiento del poeta? Lautréamont, en el primer canto, dice haber venido al mundo en las márgenes del río de la Plata; pero esta declaración dista mucho de tener el tono de una cédula de identidad. Rubén Darío, Gó mez Carrillo y otros escritores que se ocuparon de Lautré

amont creyeron ingenuamente que ese poeta había querido -hacerse pasar por montevideano con el fin de intentar una mistificación: la de crearse un atavío extravagante y legendario.

El Sr. Emilio Milhas -primo hermano del poeta Laforgue- sostiene que Darío hizo un viaje al Uruguay en busca de documentos relativos a la vida de Isidoro Ducasse, tal vez para suministrar material biográfico a Rémy de Gour--mont, de quien el autor de "Prosas Profanas" era amigo y compañero de círculo. Rubén, que carecía fundamentalmente de brújula para deambular por los archivos, siguió una --falsa pista y fracasó por completo en la investigación --histórica que se proponía hacer en Montevideo.

Isidoro Ducasse permanecía oculto detrás de la cortina de humo, persistía en su decisión de no ser explorado. Así pasaron los años; llegó el siglo XX; se desencadenó -la guerra y se salió de la hecatombe sin que la exégesis crítica, la pasión por las biografías y la fiebre de la -búsqueda eurística pudieran adelantar nada acerca de la -vida del inalcanzable Lautréamont. Y mientras Paterne Berrichon había logrado poner en claro la vida de aquel brujo aventurero de Charleville que fue Rimbaud, los super--rrealistas hacían inútiles esfuerzos para dar con la clave de la existencia de Ducasse.

El poeta era un ser volátil que se complacía en confundir a los historiógrafos, en defraudar a los archivistas, en mortificar a los postulantes de biografías sensacionales. Era un fantasma de especie temible, que asistía desde la sombra a la lucha a ultranza entre sus turiferarios y sus detractores, sin dignarse aclarar algunas de -las interrogantes que se planteaban acerca de la figura -trágica y barroca de Maldoror. El eco de su poesía llegaba clandestinamente hasta la Sorbona, despertando el entusiasmo de los profesores jóvenes, esparciendo un fluido -que acabó por turbar la quietud recogida del claustro y -el sosiego de los deambulatorios.

La severa crítica universitaria prescindía de los "Cantos de Maldoror", la opinión oficial los ignoraba y la Academia estaba más inclinada a meditar acerca del "Discurso sobre el Estilo" de Buffon que a considerar libros de contenido subversivo, incompatibles con la solemnidad que reina bajo la cúpula del palacio Mazarino.

Mientras tanto, la leyenda lautreamontiana -nacida a orillas del Sena y magnificada poco después en las márgenes del Plata- seguía circulando con toda holgura y sabía conciliar con increíble agilidad las aventuras más contradictorias, los episodios más retorcidos, los anacronismos más absurdos.

A Lautréamont se le adivinaba confusamente como a esos astros que revelan su existencia por sus efectos a distancia, pero que nadie ha visto. O mejor aún podría compararsele a la célebre bestia de Gévaudan, ser fabuloso que surgió por la fuerza de una leyenda en medio de las supersticiones nocturnas, de los fetichismos obscuros, del tropismo de la monstruosidad y sirvió para fascinar o aterrar a las imaginaciones exaltadas que por todas partes creían sentir su presencia o el maleficio emanado de sus belfos entreabiertos.

La leyenda lautremontiana cerraba semioficialmente el siglo XIX que, refinado y bamboleante, se retiraba a lo largo de la bruma sutil de Montparnasse y descendía como sombra evanescente detrás del horizonte del tiempo. Pero esa leyenda inauguraba a la vez el siglo XX, que no tardaría mucho en agredir, bajo el signo de Maldoror, a los enrolados en la aventura simbolista, a los atacados por los miasmas de la decadencia, a los excitados por el efluvio delicuescente.

Una mañana de agosto de 1924 nos dio por buscar en - Montevideo la fe de bautismo de Isidoro Ducasse. Nuestra indagación en la legación francesa fue al principio inú-- til.

Fuimos entonces a revolver las parroquias que en el siglo pasado llevaban los registros del estado civil. Empezamos por San Francisco que, con su esbelto campanario español, levanta una cruz dominadora sobre el barrio del puerto y de las oficinas de crédito. Precisamente junto a esta iglesia Laforgue fue bautizado en 1860, en un convento hoy demolido. Un sacerdote vasco, con los dedos deformados por el artritismo, aprisionado en estrecha sotana y - sumergido en la lectura de Rivadeneyra, nos permitió, después de alguna desconfianza y serias vacilaciones, llegar a los archivos donde vimos la fe de bautismo de Jules Laforgue, documento que había sido consultado por Rubén Darío, poco antes de la guerra, en su último viaje al Plata.

Después de verificar que en San Francisco no había - ningún rastro de la vida de Ducasse, nos dirigimos a la - Catedral. Los plátanos de la plaza Constitución se movían suavemente. Los azulejos de las torres y de la cúpula metropolitana espejeaban bajo el sol. Un párroco italiano - nos recibió con singularísima cortesía, acentuada por la sordera, matizada con expresiones que hubieran sentado -- tanto en los narradores toscanos renacentistas como en un cardenal que sale del cónclave con el semblante ensombrecido por el secreto.

Mientras llegaba de la sacristía una ráfaga de incienso, el párraco se cubría la tonsura con el birrete y tomaba el modo más humilde para informarse de nuestra visita y llevarnos al archivo. Las letanías se infiltraban entre los expedientes adormecidos bajo ese polvillo impalpable que es categoría de vetustez y exponente de quietud imperturbada. Con el incienso llegaban sutilezas teológicas -- parpadeantes, meticulosidades casuísticas, fórmulas arre-

gladas por el catecismo y algunas palabras de breviario recitadas desde el púlpito, engrandecidas por la acústica grave de la cúpula, realzadas por los latines surgidos desde el altar. En medio de ese clima de ortodoxia y liturgia era una aventura de cierto peligro abordar el tema del Conde de Lautréamont que, entre otras características, fue el espíritu más incompatible con la entidad canónica, el evadido perfecto, el antidogmático irreductible. El oficiante nos interrogó con solicitud, moviendo su birrete para dejar a descubierto una dilatada tonsura que acentuaba su bonhomía. Las preguntas tendían a investigar, con toda cordura, la posición del poeta frente a la religión. Entonces empezaron las dificultades. Era más arduo tranquilizar el ánimo del buen sacerdote que encontrar el hilo de la eurística dentro del archivo. Entran unas damas arrebujadas en pieles a solicitar la bendición de tres medallas destinadas a amparar sus automóviles de los accidentes de tráfico, muy frecuentes de un tiempo a esta parte. La conversación se interrumpió. El hisopo y la numismática se entendieron mediante un sutil mensaje de agua bendita. Cerca de la pila de aspersiones las damas dejaron caer algunas monedas para ayudar a la reparación de una humilde capilla y salieron tranquilizadas. Se reanuda la conversación y las explicaciones se deslizan con holgura. Pero, ¿acaso el reverendo se habría apiadado místicamente de las terribles negaciones de Lautréamont? ¿Habría comprendido al fin la historia anímica del más blasfemo de los poetas? Por momentos creímos oir la burla demoníaca de Maldoror resonando bajo la solemnidad de las naves. El monaguillo, que pasaba silencioso, se parecía notablemente a aquel pequeño mártir grave que Maldoror encontró en el jardín de las Tullerías.

Cabría suponer que la sombra de León Bloy -descubridor oficial de Lautréamont- rondaba en esos momentos por el deambulatorio, y acaso no fuera herejía imaginar entonces que Maldoror sirviera de instrumento al Maligno que, desde la noche medieval, había alcanzado, a la vez, marcado señorío y artimañas diluídas en sonrisa de gárgola.

En la penumbra envolvente que mana de los retablos, apenas conmovida por el parpadeo de los cirios sobre el oro del altar, quién sabe qué diálogo sibilino y patético se tendía entre Bloy y Lautréamont. Tratemos de escucharlo o de adivinarlo, o por lo menos de suponerlo, con sólo recordar algo de lo que escribieron uno y otro:

Diría Bloy: "No hay más que un sufrimiento y es el de no ser santo".

Replicaría Lautréamont: "Soy el sembrador del desorden en las familias, el hermano de la sanguijuela. Tienes por amigo al vampiro y al "acarus sarcopto" que produce la sarna. Yo hubiera deseado ser el hijo del tigre y de la hembra del tiburón, cuya voracidad es amiga de las tempestades".

Sin duda Bloy, que con celo apostólico llegó a convertir a los tomistas católicos Henri Massis y Jacques Maritain, supuso que con una intervención de la gracia, una inmersión en la fe, una contemplación despojada de todo relativismo, la presencia de alguna imagen venerable y cierta emanación de la teología por encima de la dialéctica, podrían operar el milagro de llevar a Lautréamont de la Iglesia y al vértice del dogma. Pero Bloy habló mareado por un espejismo de taumaturgia y Maldoror no lo oyó. Este duende agresivo y olímpico y al mismo tiempo borrascoso y sufriente, sigue por arriba de las sombras con su manojo de anatemas para aniquilar todo aquello que no ha sido creado por lo más recóndito de su ser.

Los manuscritos de tinta amarillenta se apilaban como una estratificación geológica y con un orden basado en la cronología convencional, es decir paralelo al tiempo medible. Papelería asfixiante. Legajos como los que descansan en la quietud sombría de museos y bibliotecas. La

lectura de actas y la vista de estampas añejas que ocultan bajo el polvo centenario el embotamiento de las cosas destinadas a eterna pasividad, orientan a los espíritus ávidos de pasado que se complacen en navegar por las etapas de los acontecimientos históricos, que desean conocer la naturaleza de los hechos sucesivos o algunos aspectos de la "continuidad intelectual". Estos documentos, anegados por el olvido y la vetustez, nublados por un misterio remoto, contienen no sé qué sortilegio huidizo, y en medio de la durmiente humedad que los toca de cerca, tienen un alma que vive aprisionada, semejante al "ka" inasible que alienta en el fondo de los hipogeos perdidos bajo las arenas del desierto. En el momento de la profanación ese "doble" vuela con la liviandad del "bai" o huye como "luminosa" para no volver jamás. La esencia íntima del documento revelador encierra, sin duda, fórmulas secretas difíciles de penetrar y cierta presencia de magia obliterada. Y es inútil pedir a esa alma que sirva de mistagogo para descifrar el sentido paleográfico; no se ha encontrado aún el talismán capaz de vencer la incertidumbre o el error que envuelven el cuerpo del documento y que sirven de barrera aun a los iniciados de buena fe.

Después de una indagación meticulosa encontramos lo que desde Bloy hasta vísperas de la revolución superrealista habían buscado sin resultado los entusiastas de Maldoror.

1847: el legajo de escritura uniforme -caligrafía corriente a medidados del siglo XIX- contenía el texto completo de la partida de nacimiento de Isidoro Luciano Ducasse. Después de fotografiar el documento fue tarea fácil obtener en la legación francesa, gracias a la deferencia del ministro Sr. Gilbert, algunos datos complementarios relativos a Lautréamont.

No cabe ninguna duda acerca del lugar y fecha de su venida al mundo. "Nació sobre las márgenes americanas, en la desembocadura del Plata". El final del primer canto de

Maldoror no es una ficción. Esto debe tranquilizar ciertamente a un poeta tropical que, antes de eclipsarse, se apresuró a gritar a todos los vientos que él era un "bastardo del Conde de Lautréamont".

El autor de la "Anthologie de la Nouvelle Poésie Française" tuvo que rectificar el error que cometió al estampar que Isidoro Ducasse nació en Tarbes, así como Philippe Soupault salvó la errata en que incurrió al escribir que el poeta vino al mundo en 1850. En cambio, la publicación de la fe de bautismo ha demostrado de modo irrecusable que Rémy de Gourmont no se había equivocado en lo más mínimo al situar en el espacio y el tiempo el nacimiento del poeta de Maldoror.

Los historiógrafos podrán comenzar la clasificación de las fuentes para la biografía de Lautréamont y reconocerán sin inconveniente: los monumentos (casa natal en la calle Camacuá, inmueble de la rue Vivienne, los "Cantos de Maldoror", poesías); documentos inconscientes (la partida de nacimiento y la de defunción); documentos conscientes (la leyenda, las cartas). Con datos explícitos, algunas convicciones a priori y cierta dosis de simpatía por la inducción, la tarea de los biógrafos será fácil.

Según la fe de bautismo que se encuentra en el archivo de la Catedral de Montevideo, Isidoro Luciano Ducasse nació en esa ciudad el 4 de abril de 1846 y fue bautizado por el vicario del Cordón, Santiago Estrázulas y Falcón, el 16 de noviembre de 1847. Era hijo legítimo de François Ducasse, nacido en Tarbes en 1810, canciller de la legación francesa, y de Célestine Jacquette Davezac, nacida en 1822. Esta acta concuerda exactamente con un documento existente en la legación francesa, el cual nos fue comunicado por el ministro Sr. Gilbert, y que publicamos en 1925 con autorización de este plenipotenciario, juntamente con la referida fe de bautismo.

El poeta que permaneció enigmático bajo su seudónimo meridional de Conde de Lautréamont resultó ser -de acuerdo con sus papeles de identidad- un montevideano de origen plebeyo y pirenaico.

Los documentos a que hacemos referencia aclaran el punto de partida de la vida de Isidoro Ducasse y dan una clave para penetrar algunas zonas tupidas de los "Cantos de Maldoror".

LA LEYENDA DE LAUTREAMONT

LA LEYENDA DE LAUTREAMONT

El valor del mito

La historia y la leyenda dejaron de ser enemigas desde que los eruditos del siglo pasado pudieron reconstruir -basados en parte en el dato legendario- la vida de los pueblos antiguos.

Una de las paradojas que nos legó la última centuria fue esa rehabilitación científica del mito, esa atención deferente que prestó el historiador a la fábula, esa reconciliación de la eurística más severa con la ficción más volátil.

La leyenda de Lautréamont surgió de modo anónimo, en el ocaso del movimiento simbolista y poco después de las primeras manifestaciones de la escuela neoclásica de Moréas y La Tailhede.

Esa leyenda nació en las conversaciones superpuestas de las tabernas del barrio Latino y de Montmartre, en esa región de la noche parisiense que es algo así como la usina donde se elaboran los fermentos activos de la creación estética de la ciudad fabulosa, la subconciencia de la urbe. Algún día se podrá establecer hasta qué punto insospechado el influjo del espíritu de esas tabernas ha orientado la creación contemporánea.

Mistificadores consuetudinarios, profesionales del "bluff", agentes patentados de la patraña, imaginaciones

superabundantes, espiritistas divagadores, ocultistas barrocos y almas simples desbordantes de credulidad fueron los principales artesanos de la leyenda Lautréamontiana, la cual se propagó subrepticiamente de París al Río de la Plata, en donde llegó al máximo de densidad.

Una leyenda sería capaz de suministrar material histórico y biográfico y hasta de aportar elementos de juicio, de interpretación inductiva, propicios para aguzar el ángulo del sentido crítico y hacer la visión multilateral. Una leyenda, como es sabido, sintetiza y estiliza los rasgos más salientes de un personaje, a la vez que refleja el sentimiento colectivo de una generación. Nó es más que la expansión de la creación anónima de una época o bien la resultante de las relaciones entre el estado de espíritu de la masa y la inventiva de un místico, de un poeta o de un impostor. La leyenda que tiene la calidad de un fenómeno social, posee con frecuencia la envergadura y el alcance de un símbolo, y, por más paradójico que parezca, encierra, en cierto sentido, más verdad que la historia.

Identificación de Maldoror y Ducasse

La vida del extraño poeta de Maldoror está aureolada por la luz de una leyenda prestigiosa, aunque a la vez se oculta bajo la niebla matizada de esa misma fábula cambiante y contradictoria.

Pero ante todo, Maldoror y Lautréamont, ¿son acaso el mismo ser hiperreal y superhumano? El poeta y su doble, ¿será una entidad indivisible o vivirá cada uno su vida sin más unión que el vínculo misterioso del lirismo? Por lo menos, Maldoror es una de las imágenes de Lautréamont, es el poeta en algunos de sus momentos de trance, es un símbolo consciente de su designio de evasión. Y ade-

más, una dolorosa aspiración de expresividad, de comunicación de estados interiores inefables; un índice de la pujanza, de las arremetidas del vértigo dionisíaco, y también de la serenidad y hasta de la dulzura contemplativa de que es capaz el numen de Isidoro Ducasse.

Aludiendo a la posible identificación de Maldoror con Lautréamont, el teorizador y "leader" de la revolución superrealista, André Breton, escribe en "Les Pas Perdus": "Todo está en que para hablar del Conde de Lautréamont, podamos atenernos a su obra. Isidoro Ducasse ha desaparecido de tal modo tras su seudónimo que se creería hoy hacer bordados al identificar a Maldoror con el autor de sus cantos".

El culto de Lautréamont

Al despuntar nuestro siglo, los poetas montevideanos fundaron, reeditaron o rehabilitaron algunas revistas que llegaron a ser voceros de la tendencia decadentista y parnasiana de importación francesa, y en las que la poesía gauchesca tenía poco sitio. Los redactores de una de esas publicaciones titulada "La Alborada", rendían un culto semi-romántico a Lautréamont y contribuyeron a enriquecer y complicar la leyenda del mismo con los mitos y relatos más extravagantes.

Un escritor del círculo de esa revista se jactaba de ser hijo de Lautréamont y se llamaba a sí mismo "el bastardo luminoso de Maldoror". Sobre él corrían las historias más descabelladas. A ese presunto hijo de Ducasse, poeta originario del trópico e incinerado por los soles de Capricornio, se le suponía depositario de legajos del Conde de Lautréamont que guardaba piadosamente entre alhajas rusas, reliquias indostánicas; miniaturas persas y una serie de objetos abigarrados e infantiles que podrían

servir para decoración de algún melodrama suntuoso o para un bazar de relumbrón.

Un asiduo visitante del grupo de "La Alborada" adoptó una ocurrencia que Augusto Vitu había tenido a propósito de Baudelaire, y repetía en todos los cenáculos: "Lautréamont es una piedra de toque: disgusta invariablemente a los imbéciles".

Otro poeta de la misma capilla, agresivo contra lo que él llamaba la "moral casera", célebre por sus desplantes frente al clero y a la plutocracia, habitaba una casa de apariencia modesta en cuyo interior se exhibía un retrato del Conde de Lautréamont hecho por un grabador anónimo que se había limitado a copiar casi el dibujo de Valloton estampado en "Le 1er. livre des Masques" de Rémy de Gourmont.

Este poeta montevideano, célebre por las reacciones de su carácter antojadizo, y por lo que él llamaba con orgullo su licantropía, se entusiasmaba con Gérard de Nerval, Gracián, Leopardi y Martín Fierro, y se inspiraba en los gestos del excéntrico Pëtrus Borel. Un día tuvo la ocurrencia de instalar sobre un antiguo altar de caoba, procedente de una parroquia de Entre Ríos, un retrato que pretendía representar a Lautréamont y en el que éste aparecía con una aureola dorada a la manera de un icono. La imagen caprichosa, alumbrada por la luz vacilante de los cirios, llevaba esta leyenda en letras rojas: "Un poeta montevideano sin miedo y sin tacha". Más abajo había un letrero que decía: "Caminante, anuncia al Mercurio de Francia que Lautréamont salvó a su ciudad natal y a la literatura francesa. Es para Montevideo lo que Santiago para España. Caminante, no olvides tu cometido, no te aflijas y no hagas esa mueca".

Episodios de la leyenda

Según una tradición acreditada en el círculo de "La Alborada" y de "Rojo y Blanco", un veterano de la Guerra Grande, que fue asistente de Urquiza, habría visto al joven Isidoro Ducasse fusil en mano y pronto a abrir fuego al lado de los cañones que defendían la Ciudadela de Montevideo. El poeta, impasible sobre las murallas, escuchaba silbar la metralla y las balas de las tropas rosistas. Ahora bien, cuando se firmó la paz entre los pueblos rioplatenses, Lautréamont no había cumplido aún los seis -- años de edad. Era, a no dudarlo, un niño prodigio capaz - de las mayores proezas.

Un pedagogo suizo, Charles Hell, adversario de la civilización latina y en particular de la cultura francesa, aseguraba, hace unos años, que la misantropía de Lautréamont era la consecuencia fatal de los espectáculos sangrientos de esa época de violencia; ante todo la guerra - fratricida entre Buenos Aires y Montevideo, con su cortejo de mazorcadas, deguellos, despojos y vejámenes; y en - seguida las corridas de toros, herencia de España como el idioma y el señorío.

Es sabido que cuando se hizo la paz, las corridas de toros y la doma de potros, hecha con toda la barbarie de la estancia primitiva, eran los juegos más estimados por los montevideanos. Según una tradición apócrifa, Lautréamont se apasionaba por esos espectáculos.

Otros episodio de la leyenda: a la edad de doce años, en el patio de una quinta de los alrededores de Montevi-- deo, Isidoro Luciano se divertía en romper a tiros de tercerola unas botellas de caña brasileña, alineadas como bolos y adornadas de modo carnavalesco, pintarrajeadas de - punzó, enlazadas con divisas rosistas y llevando los go-- lletes cubiertos por morriones federales que habían sido sacados de un altillo de la casa del señor Baudry, padrino del poeta.

Alfred Jarry, que como Lautréamont fue un genial precursor del superrealismo, hizo una travesura semejante en su jardín de Corbeil cuando destapó el champaña -con gran asombro del vecindario- a tiros de revólver.

El reñidero

La misma leyenda afirma que el joven Ducasse, desde la edad de diez años frecuentaba los reñideros de suburbio a escondidas de su padre. En aquel tiempo, la afición por las riñas de gallos -resabio de la colonización española- estaba muy difundida entre el paisanaje rioplatense: un circo romano en miniatura sin la piedad relativa de las vestales y en el que los gladiadores eran suplantados por gallos armados de púas de acero. Los jugadores apostaban en cuclillas formando rueda y los estancieros -feudales de horca y puñal- arriesgaban gruesas fortunas en ese minúsculo recinto ensangrentado, o tiraban su latifundio a los espolones de esas diminutas fieras desplumadas y jadeantes.

Maldoror había fijado su mirada lúcida y tajante en esa barbarie condensada, en esa crueldad subrayada por el juego y el riesgo.

Las dos épocas de entusiasmo en Buenos Aires y Montevideo por la riña de gallos tuvieron lugar a fines del siglo XVIII y en vísperas de la guerra del Paraguay. Hacia 1856, el reñidero de Santa Teresa del Pantanoso, en las cercanías de Montevideo, era célebre entre los extranjeros aventureros y contrabandistas. Había sido fundado, según dicen las crónicas de la época, por los soldados de la guardia del gobernador español Olaguer y Feliú, llamado el ceremonioso. Los días de riña, a través de los caminos polvorientos, los aficionados iban a caballo o en pesadas carretas, armatostes chirriantes y curtidos arras--

trados por bueyes macizos que obedecían a la picana larga y flexible del carrero soñador -esa picana tan brava como una lanza y tan alerta como aguja de brújula para marcar así el rumbo, en medio de un paisaje áspero y solitario-. Terminadas las faenas del reñidero, que duraban casi siempre toda la tarde, el paisanaje endomingado con bombachas flamantes o con chiripá floreado se entregaba frenéticamente al baile. Sobre las baldosas rojas y las losas gastadas del patio colonial sonaban y rodaban las nazarenas de plata maciza para calentar el ritmo de los cielitos y los gatos.

Los que iban descalzos o con bota de potro, los más miserables, otra vez probaban suerte jugando a la taba a la sombra de una enramada torcida o de unos ombúes enormes. La caña, el machería, el juego y el compadraje, el desprecio de perder y la altanería de ganar, todo ese aire cargado de odios súbitos hacía desenvainar los puñales y a la riña de gallos sucedía la de hombres, más ruidosa, más cínica y más soez que la de los malayos y calcutas. Detrás del reñidero, una cascada de glicinas bajaba por un paredón de ladrillos y adobe blanqueado de cal que prolongaba su sombra refrescante sobre el gallinero espacioso, donde los pollos destinados a la riña sacaban la cabeza fuera de los barrotes de los bretes para pelearse sin tregua. Ante esa hilera de celdas alineadas bajo un parral, los apostadores desfilaban lentamente y paseaban su mirada escrutadora para jugar luego con más tino. Maldoror debió estar entre ellos y seguramente en ese medio de aventura y pasión pendientes de las púas de acero de los gallos, encontró algunos de sus acentos más flagelantes para hablar de los apetitos de los hombres. El reñidero, próximo a un ranchería, estaba semioculto por una colina reverdeciente, rodeada de talas y molles, a la sombra de los cuales los galleros maneaban sus caballos y tomaban mate que algunas mulatas ondulantes y mestizas de ojos oblicuos cebaban con cierta devoción en la que cabía el sometimiento de esclavas.

Los días de fiesta, el joven Ducasse, provisto de un látigo con mango de carey y plata y tocado con una gorra de oficial de la fragata "Arethuse", esperaba la balsa -- que lo conducía a Santa Teresa del Pantanoso. La balsa -- llevaba un techo de ramaje, bajo el cual los troperos tocaban el acordeón o la guitarra y cantaban los triunfos - de los unitarios sobre los federales. El arroyo Pantanoso corría entre barrancos cubiertos de maleza. La jugada se animaba con las conversaciones truculentas de los rese- - ros, peones, domadores y capataces, mientras los hacendados sacaban puñados de billetes del cinto de cuero adornado de plata, donde brillaba la vaina de una daga cincelada con amaneramiento. Ante esos hombres violentos y enternecidos Isidoro Ducasse aprendió a conocer lo más recóndito del alma de los que él llama "humanos de pupila de jade". Y al mismo tiempo, sin perder de vista la rudeza y - brutalidad de esos emponchados, se entregaba a la caza de trespós, gallaretas, garzas y chajás que abundaban en las orillas del arroyo y cuya imagen refractada aparece alguna vez en los cantos de Maldoror. Lautréamont gustaba de las aves zancudas, de perfil estilizado, de porte hierático, inmóviles sobre un fondo de matorral espinoso y cuyo aleteo es de un ritmo lleno de presagios, de una gracia - sibilina.

El vuelo de las "grullas friolentas" cantado por Lautréamont, es sin duda una reminiscencia del cielo de Montevideo, ese cielo luminoso, "de una luz a la vez infinita y meticulosa", como dice el montevideano Supervielle; atravesado, a veces, por garzas migratorias: "Como un ángulo a pérdida de vista, las garzas friolentas meditando que durante el invierno vuelan potentemente a través del silencio...".

Al borde de las aguas turbias del Pantanoso, el poeta escuchaba con frecuencia el croar de los batracios que brotaba como una letanía desde el fango y los camalotes. Es ahí, tal vez, que tuvo su primer diálogo con el sapo - "de párpados inquietos, monarca de los estanques y pantanos".

Los Ducasse

Salgamos un poco de la leyenda. ¿Qué se sabe de la familia del poeta como para esbozar una biografía por lo menos sumaria? La familia de Ducasse, a la que pertenecía Lautréamont, era oriunda de los Pirineos, como la de los poetas también montevideanos Laforgue y Supervielle.

Como el Conde de Lautréamont es un poeta del siglo XIX, y esa centuria está en cierto sentido -para penetrar la creación artística- regida por el vértice crítico de Sainte-Beuve, no hay inconveniente en aplicar con alguna condescendencia y a título de ensayo, el método de ese investigador de espíritus y alquimista de libros a quien Baudelaire llamaba con admiración afectuosa "L'oncle Beuve". Y a ese efecto, veamos quién era el padre de Isidoro Ducasse, no sólo por ser como tal un pariente próximo e inmediato del mismo, sino por haber sido su educador y, en determinado momento, su director espiritual en Montevideo.

François Ducasse, padre de Lautréamont, nació en Tarbes, departamento de Hautes Pyrénées en 1810, vivió largos años en el Uruguay y fue uno de los fundadores del Cercle Français de Montevideo, en 1882. Era un hombre de estatura mediana, irónico, fino y descreído, de barba entrecana, poseedor de una civilización literaria extremadamente refinada. Tenía el mayor cuidado de parecer elegante a los ojos de las damas y frecuentaba el mundo diplomático, donde pasaba, con toda justicia, por un hombre de ingenio. Era célebre por la espiritualidad de su conversación, la audacia de sus paradojas y la espontánea exquisitez de su cortesía en ese ambiente cosmopolita, convencional y artificioso que se mantenía un poco hermético, en un aislamiento desdeñoso de buen tono y de frivolidad en medio de las costumbres aldeano-coloniales de las poblaciones rioplatenses de aquellos tiempos patriarcales.

El canciller Ducasse, según la aclaración del señor Montagne, poseía una considerable fortuna. Desde que se - estableció en el Plata, dio reiteradas pruebas de generosidad. Después de la muerte de su hijo Isidoro se radicó en Montevideo, hasta 1889, fecha de su fallecimiento.

Encontraba una franca satisfacción en vivir en esa - ciudad dotada de un clima saludable y templado, sobre todo para el que viene, como él, de un sitio de invierno rudo, castigado por la nieve pirenaica; se complacía en residir en esta comarca ribereña del estuario en la que -- "los hombres, decía él, realizan bajo un cielo luminoso y predestinado un tipo superior de civilización".

François Ducasse tenía del "dandy" la coquetería -- "fashionable" y una indiferencia flemática y desdeñosa -- que exhibía en bailes y recepciones. Además, era de una - integridad moral reconocida y capaz de entusiasmo, a pe-- sar de su mirada hastiada y de ese aire distraído, leja-- no, propio del que está de vuelta de todo, que era el supremo buen tono de los pisaverdes del siglo pasado y en - particular de los "cocodes" del Segundo Imperio.

El canciller Ducasse ocupaba un departamento en el - hotel Des Pyramides, sitio elegido en aquellos tiempos para veladas políticas y literarias, especie de club en el que se reunían estadistas, banqueros, armadores y diplomáticos, y en el que se discutía con tono moderado y buenas maneras, de acuerdo con la morosidad del ritmo de enton-- ces.

Antes de su casamiento, François Ducasse trabó relación con la bailarina española Rosario de Toledo, alabada por los diarios de Río de Janeiro en tiempos del empera-- dor Don Pedro II.

François Ducasse, que se jactaba de ser "un coleccionista de mujeres de teatro", se apresuró a conocer a la actriz celebrada por su belleza garbosa y algo gitana, en

cuanto ésta llegó a Montevideo, y a pesar de la celosa -- custodia que sobre ella ejercía su acompañante, un rico - armador inglés, vagamente presbiteriano. Por mediación de un diplomático austríaco, François Ducasse tuvo una entre vista secreta con la bailarina, y pocos días después una cena íntima con la misma, en la residencia que "el canciller galante", como se le llamaba en voz baja, poseía en la calle Misiones. Un mes después, Rosario de Toledo, a - raíz de una violenta disputa y de una ruptura con el arma dor británico, llegó a ser la amiga oficial de François - Ducasse. El enredo duró menos de un año. Rosario, abandonada por el canciller, volvió al Brasil, donde, según informan algunas gacetillas de la época, terminó sus días - recluída en una casa de salud.

En 1862, en momentos del entredicho entre el gobierno de la República Oriental y el vicario apostólico de Monte video, el canciller Ducasse, luego de haber opinado en la tertulia del Hotel des Pyramides en contra de las aspiraciones clericales, emprendió un viaje a través de las regiones tropicales del continente, visitando Paraguay, Bolivia, Brasil y norte de Argentina. Durante esa andanza, empezó un estudio sobre las civilizaciones precolombinas y costumbres de las tribus guaraníes cuyo manuscrito in-- concluso fue entregado a Eugene Baudry -padrino del poe-- ta-, comerciante establecido en Montevideo, que se había dedicado ocasionalmente a investigaciones arqueológicas, después de estudiar la administración de los jesuitas en las misiones fundadas en el siglo XVIII. Pero Eugene Baudry fue asesinado por contrabandistas brasileños que despojaron y mutilaron el cadáver de su víctima. Se supone - que los manuscritos de François Ducasse fueron destruidos por los asesinos. En cuanto a los apuntes de Baudry, ja-- más aparecieron; seguramente se perdieron a consecuencia de ese crimen.

En el curso de su viaje por el trópico, François Ducasse comprometió su fortuna y padeció una violenta cri-- sis de paludismo. Un negocio de madera preciosa en el al-

to Paraguay le hizo perder parte de sus bienes, que esperó recuperar en momentos en que cayó enfermo en un valle pantanoso de aguas salobres y malsanas, rodeado de colinas cubiertas de plantas tropicales. En un rancho perdido en medio de un país casi desierto, François Ducasse sufrió los accesos de fiebre y tuvo alucionaciones intermitentes que le dejaron un recuerdo imborrable y penoso.

Cuando François Ducasse leyó por vez primera los "Cantos de Maldoror", se impresionó al descubrir analogías asombrosas entre ciertas visiones de Maldoror y el delirio que tuvo en el rancho durante la fiebre. Sin embargo, el canciller había tenido excesivo cuidado en ocultar a su hijo, inclinado a los viajes, a la aventura, los detalles de su odisea y las perturbaciones nerviosas causadas por su enfermedad.

A su regreso a Montevideo, a pesar de las fatigas de su convalescencia, François Ducasse fundó una escuela para enseñanza del idioma francés, en la que dictó un curso de conferencias de filosofía. Ante lo más escogido de la intelectualidad montevideana, expuso en ese colegio la influencia de Augusto Comte y del positivismo fuera de Francia, y comentó las ideas morales de Edgard Quinet.

La escuela, a los cuatro años de su inaguración, completó la ruina económica del canciller, que fue transitoria. Este foco de alta cultura fue ciertamente una de las primeras tentativas de propaganda francesa en el Río de la Plata.

La lasitud de los viajes, la depresión causada por las fiebres tropicales, las preocupaciones por la incertidumbre de su posición económica, el fin prematuro de su hijo, tantos padecimientos habían impreso sobre la frente de François Ducasse más arrugas que los largos años vividos. Murió en 1889, en Montevideo, la ciudad que eligió para pasar los mejores años, para realizar en ella algunas de sus aspiraciones de cultura, para hacer una espe--

cie de retiro filosófico y entregarse a meditaciones de -paseante solitario, a la sombra de los sauces del arroyo Miguelete, para deshojar con indolencia sus recuerdos de hedonista refinado y nostálgico, para ratificar su ideal de liberalismo romántico emanado de las barricadas pari--sienses del año 30.

François Ducasse era propietario de un inmueble si--tuado en la calle Bacacay. Algunos de los amigos del canciller creen equivocadamente que Lautréamont nació ahí. - El interior de esta casa estaba decorado con madera del - Paraguay; la fachada ostentaba un zócalo de granito azul. En la sala, puesta con sencillez, había una vitrina regencia que contenía dagas, estribos, una colección de mates y bombillas, varias estatuillas de madera policromada, -- procedentes de las misiones jesuíticas, y una miniatura - del siglo XVIII (retrato de un alguacil mayor). También - había en la sala una biblioteca, en la que se veía el extraño abigarramiento de la "Revue des deux Mondes", "El - Correo de Ultramar", L'"Annuaire du Bureau des Longitudes", algunos números de "Le Patriote Français" y de "L'Echo -- Français" (dos periódicos de la colonia francesa de Montevideo) un ejemplar de "Gaspard de la Nuit", de Aloisius - Bertrand, otro de "Chroniques du Regne de Charles IX", de Mérimée, y varias novelas de Dumas padre, "todo aprisionado entre clásicos", según la expresión del arquitecto Masquelez, amigo de François Ducasse, que nos describió esa casa.

El cónsul de España obsequió al canciller con dos jarrones de Toledo que "el joven Isidoro rompió en mil pedazos en un acceso de cólera, a raíz de un altercado con su padre". Sobre una cómoda había un retrato a pluma del padre de François Ducasse vestido a la moda de la Restauración, apoyado en una "draisienne". Colgados en la pared - se veían: una caricatura de Juan Manuel de Rosas, dibujada por un legionario garibaldino, una estampa en la que - Su Majestad Católica Carlos III estaba rodeado por los -- santos Felipe y Santiago, patrones de Montevideo; una agua

fuerte que representaba una procesión en la que se divisa ba, en primer término, a varios magistrados rodeando el relicario, y sobre un balcón un alcalde con el antiguo traje de cabildante, grabado que perteneció a monseñor Jacinto Vera, primer obispo de Montevideo, y que estuvo un tiempo en la sacristía de la Catedral, en la que Lautréamont fue bautizado. En una panoplia, dominaba un trabuco español destartalado y enmohecido con el que el joven Ducasse se había divertido en cazar comadrejas y zorrinos.

Guerra fratricida

Era en tiempos de la lucha inexpiable entre federales y unitarios, guerra fratricida que consumó la escisión de los pueblos rioplatenses y trajo para los mismos un derrumbamiento económico y una regresión moral fomentada por el odio y la barbarie. Sombríos años de incertidumbre y de sacrificio en que la capacidad de resistencia y la energética de los montevideanos sitiados detuvieron la invasión de las fuerzas de Rosas.

Un periodista francés amigo de la casa de los Ducasse y testigo de las luchas de los pueblos del Río de la Plata ha dicho: "El sitio de Montevideo por los ejércitos rosistas es uno de los acontecimientos más considerables de los anales políticos y militares del Nuevo Mundo. Interesa históricamente a toda la comunidad latina de América del Sur".

En casa de François Ducasse se hablaba de política y se comentaban los episodios de la contienda rioplatense. Al canciller le interesaba vivamente la guerra entre el dictador de la Confederación Argentina y el gobierno de Montevideo, así como la discusión entre Thiers y Guizot en el Parlamento a propósito de la intervención de Francia en el conflicto armado rioplatense. Había seguido con

atención las gestiones diplomáticas que esta potencia y Gran Bretaña iniciaron, sin éxito, para reconciliar a los adversarios que se agotaban en lucha encarnizada junto a los muros de Montevideo. Se había solidarizado con la causa de esa plaza sitiada durante nueve años, lo que le valió ser llamada por Dumas "Nueva Troya", tan constante pero más dichosa que la antigua.

Lautréamont nació durante este asedio y desde niño oyó hablar de la guerra, de las hazañas de los combatientes, de las aventuras de los caudillos, de las proclamas injuriosas y truculentas que Rosas prodigaba contra el "puerco inmundo Luis Felipe" y "contra los salvajes unitarios".

El padrino de Lautréamont, Eugene Baudry, formó parte de las tropas franco-uruguayas que, comandadas por el general Fructuoso Rivera (lector del "Contrato Social", aliado y amigo de Francia), tomaron a Mercedes en 1846. Poco después Eugene Baudry se enroló en las filas de la legión francesa que se ilustró en la defensa de Montevideo, junto con las legiones italiana y española; tres contingentes armados, unidos en el mismo ideal de defender la causa de un pueblo oprimido que quiere recuperar su libertad.

La legión francesa había reunido en sus filas, por extraña coincidencia, a Jean Davezac, tío de Lautréamont; Louis Lacolley, abuelo de Jules Laforgue, y al suboficial Munyo, abuelo de Jules Supervielle. Los tres poetas franceses nacidos en Montevideo han tenido parientes próximos que fueron soldados de esa legión defensora de la libertad y de la capital del Uruguay.

La lista de legionarios franceses que se encuentra en el archivo del estado mayor del ejército uruguayo, no contiene más que los nombres de los combatientes de 1847.

Lautréamont no puede guardar en esos años turbulen--tos de infancia más que un recuerdo impreciso. Pero la atmósfera de tragedia que respiró en ese tiempo le ha dejado un sedimento de amargura, desilusión, descreimiento -- punzante frente al mundo; le ha creado un estado de espíritu propicio para meditar en tono poco distante del de - "la miseria del hombre" tal como lo siente y concibe Pascal.

Lautréamont en París

En 1867, Isidoro Ducasse se estableció en París para seguir los cursos de la Escuela Politécnica. Llega entonces a "la capital infame" el año de la muerte de Baudelaire. Los devotos de "Las Flores del Mal", Arsene Houssaye, Eugene Vermrsch, Théodoro de Banville y Champfleury vuelven del cementerio Montmartre para celebrar el culto del maestro recién desaparecido. Asselineaux medita la subs--tancia de su libro "Baudelairiana", mientras que los parisienses aplauden los "vaudevilles" de Meilhac y Halévy. - El barón Haussmann, con energía de empresario de demoli--ciones, ha cambiado la fisonomía del París tradicional, - le ha impuesto una disciplina clásica a su trazado e in--ventado el urbanismo del gran bulevar. Frente al academismo que se manifiesta en varios aspectos de la actividad - artística, Manet inicia el caracterismo y prepara el de--senvolvimiento de las fórmulas impresionistas. La exposición universal y las concesiones liberales hechas por Emile Olivier no pueden compensar los desaciertos de la política imperial entre los que se destacan en ese momento la expedición romana y los fracasos de Méjico y Luxemburgo. París está lleno de contradicciones y el año 67 se presenta equívoco y desconcertante. Tal es el espectáculo con - que se encuentra Lautréamont al entrar en la Escuela Politécnica.

Isidoro Ducasse viajó movido por su inquietud espiritual y su afán de aventura. Hizo estudios disciplinados en París, pero las circunstancias de su formación intelectual son desconocidas. La travesía del mar le ha inspirado su invocación al océano, que es de lo más hondo y lírico de los "Cantos de Maldoror".

Se ha dicho que Isidoro Ducasse conoció a Verlaine en Bruselas y que ambos poetas se habían vinculado con estrecha amistad. Tal aserción es errónea, pues la llegada de Verlaine a Bélgica tuvo efecto dos años después de la muerte de Lautréamont.

Algunos autores han afirmado que Isidoro, perseguido por sus ideas republicanas, se había visto obligado a refugiarse en Bruselas, donde publicó los "Cantos de Maldoror". No han aparecido todavía las pruebas en apoyo de esta aseveración.

La acción del medio

Si la vieja teoría de Taine no hubiera caído en desuso -es decir, si las conclusiones extremas que se hicieron de la misma no la hubieran comprometido injustamente- se podría recurrir a una especie de reconstrucción arqueológica y de inventario del ambiente para conocer de modo artificioso las circunstancias físicas, las tablas climatológicas y los pormenores del medio con que se intentaría "explicar" la obra de Lautréamont. Hacer aplicaciones, al pie de la letra, de viejas teorías sobre las condiciones de la producción artística es un pasatiempo engañoso y aun estéril.

Procedimientos dogmáticos y harto exagerados aportan soluciones simplistas y casi pueriles, ilusorias, arbitrarias y seudo científicas, cuyo determinismo estrecho y de

primer plano está destinado a satisfacer a los espíritus ávidos de falsas precisiones, impotentes para sacudir el yugo de un pequeño sistema.

Pero ya es tiempo de poner término a esa campaña inexorable de negación de la teoría de Taine, pues ha llegado el momento de considerar esta última con la simpatía comprensiva que se merece.

Para dar alguna estampa del Montevideo que pudo conocer Lautréamont, transcribimos el siguiente párrafo de Loti sobre la capital del Uruguay, la que visitó poco después de la muerte del poeta: "Recuerdo ese medio resplandor fresco de la madrugada, ese cielo ya luminoso y todavía estrellado, ese muelle casi desierto que costeábamos ... Al pasar vimos esas largas calles, rectas, inmensas, abrirse unas tras de otras bajo el cielo que blanqueaba. En esa hora indecisa en que la noche iba a concluir, ni una luz, ni un ruido; de vez en cuando, alguna sombra errabunda, sin albergue, de andar vacilante; a lo largo del mar, tabernas peligrosas, grandes casas de mampostería y tablones, oliendo a especias y a alcohol, pero cerradas y negras como tumbas".

Final de Isidoro Ducasse

Algunos de los escritores que se han ocupado de Lautréamont, especialmente León Bloy, Rémy de Gourmont y Rubén Darío, sostienen que el poeta se encontraba en estado de enajenación mental cuando escribió "Los Cantos de Maldoror". Philippe Soupault afirma que Lautréamont jamás estuvo loco. El autor de "A la dérive" dice que el montevideano Ducasse llegó a París en 1867 y ocupó en ese año una habitación en un hotel situado en la calle Notre Dame des Victoires, número 23. Allí escribía de noche y se dice que bebía gran cantidad de café. Su pieza era pobre y

sombría, sin más muebles que un piano, un lecho y dos baú les llenos de libros.

En 1868 Lautréamont entregó al impresor Lacroix, establecido en Bruselas, el manuscrito de "Los Cantos de Maldoror" y en ese mismo año apareció la primera edición de su obra.

Después de haberse mudado de su primera vivienda, el poeta habitó un inmueble de la calle Faubourg Montmartre número 32, y más tarde se instaló en otro de la calle Vivienne número 15, donde comenzó el prólogo de sus "Poesías". Murió a la edad de 24 años (llevado en pocos días por una fiebre maligna) en una casa de la calle Faubourg Montmartre número 7, el 24 de noviembre de 1870. Al día siguiente fue enterrado en una concesión temporaria del cementerio del Norte. La partida de defunción de Isidoro Ducasse fue publicada por vez primera en "La Révolution Surréaliste", número del 15 de enero de 1925.

El nacimiento y la muerte de Lautréamont han sido señalados por acontecimientos semejantes: el sitio de Montevideo y el sitio de París, dos épocas de sacrificio, miseria, heroísmo. El poeta nació y murió en la quietud otoñal turbada por cañonazos, hecatombe y desolación. En una atmósfera de incertidumbre, a la sombra de las parábolas intermitentes trazadas por la metralla en un cielo amplio y azul, salpicado de nubes cobrizas, Lautréamont, a una latitud austral de 35°, aprendió a navegar a través de los estados de su subconsciencia de niño soñador y sediento de misterio. Este ensoñamiento fructífero, alternativamente tumultuoso hasta la angustia, sereno hasta la beatitud panteísta, siempre matizado y multiforme, debía engendrar más tarde las patéticas visiones de su prosa rítmica, que expresa tan agudamente el juego de su pensamiento al desnudo y comunica las fibras más huidizas de su vida interior.

Otra vez la leyenda

Pero volvamos otra vez a la leyenda de Lautréamont.

André Malraux declaró hace algunos años haber descubierto documentos inéditos sobre Lautréamont, los cuales permanecen aún, según afirma el autor de "La Condition Humaine", en poder de M.B.D. ¿Qué esperan para ser publicados?

Las oficinas de investigaciones superrealistas tendrán que tomar nota y archivar debidamente todo lo que informe acerca de la vida y leyenda de Lautréamont.

Hay quien supone que la historia verídica de Isidoro Ducasse podrá esclarecerse cuando se encuentre un palimpsesto, extraviado misteriosamente, que contiene la revelación del misterio de Maldoror.

En cuanto a las bromas que Ramón Gómez de la Serna desparramó, desde la cripta de Pombo, sobre la vida de Isidoro en París, quedarán incorporadas al largo cortejo de andanzas que componen la leyenda lautreamontiana. El poeta y juglar de las greguerías se jacta de haber reunido todos los datos que se relacionan con la vida de "Isidoro el montevideano", pero se olvida de hablarnos de las aventuras del joven conde con una mestiza de cabellos de laca, bastarda de un hidalgo castellano. A la puesta de sol, a la sombra de un ombú centenario, ella decía la buenaventura y desvalijaba a sus cortejadores. Ramón ignora que el joven Ducasse, prendado con Lucano, confundía a la bella mestiza -que lo había llevado varias veces a las corridas de toros- con la maga de la "Farsalia", resucitada gracias a los cuidados de los conocedores del brebaje milagroso, compuesto de espuma de perro rabioso, ojos de serpiente, entrañas de lince, médula de ciervo y cenizas de Fénix.

La intensidad de la vida de un poeta puede medirse a veces por su proyección legendaria, como la pujanza creadora de una obra de arte por el radio de su influencia. - La leyenda lautreamontiana, a pesar de las confusiones y extravagancias inevitables que contiene (inherente a toda leyenda), encierra estrías de lirismo y refleja algunos - destellos de verdad que no deben ser desconocidos para -- dar a la biografía del poeta cierta luminosidad y envergadura compatibles con la severidad de la eurística.

A P E N D I C E

M.E.M. de G.

A P E N D I C E

1.- Oportunidad de esta edición

Al publicar este pequeño libro sobre Lautréamont -- creemos que se impone mencionar qué fue lo que nos indujo a ocuparnos de ellos "hoy y no más tarde".

Estábamos en la Feria Nacional del Libro, en diciembre de 1968. En un mostrador descubrí una pequeña revista que me interesó en seguida. Se llamaba "Los Huevos del -- Plata". Era el número 12, correspondiente al mes de octubre de 1968, y llevaba dos leyendas de homenaje:

Semana del Guerrillero Heroico
Centenario de Maldoror

Los jóvenes que rodeaban el mostrador atisbaban, con cierta rebeldía de buena ley en la mirada, la reacción -- del público. No sé si alguien se asombró ante aquel desdoblado homenaje.

No había de qué asombrarse. Era una misma rebeldía - ante lo absurdo.

Todo estaba bien así. Hojeamos la revista. Los tex-- tos se referían todos a Lautréamont. Entre ellos se encontraba, naturalmente, "El Conde de Lautréamont" por Rubén Darío, el de "Los Raros", de 1896, que empieza así: "Su - nombre verdadero se ignora" (el de Lautréamont).

Hoy todos sabemos los orígenes de ese "raro". No obstante, se nos ocurrió preguntar:

-¿Uds. conocen el libro de Guillot Muñoz?
Contestaron con ansiedad:

-¡No! ¡es inencontrable!

Casi sin pensarlo, como algo ineludible, algo que había que decir y hacer, dijimos:

- Pronto aparecerá la traducción.

Ellos -los muy jóvenes- mostraron un conmovedor, apasionado interés.

En ese momento no mentíamos. Nos lo habíamos propuesto súbitamente y pensábamos hacerlo.

Para ellos, para los jóvenes, vamos a intentar explicar esta demora de tres años. Aprendemos así, todos los días, algo sobre la responsabilidad de nuestros gestos.

Hace 46 años, en setiembre de 1925, apareció en Montevideo el pequeño libro "Lautréamont & Laforgue", firmado por G. & A. Guillot Muñoz. Estaba escrito en francés y era editado por el Comité France-Amérique. Este libro tuvo gran resonancia en Francia y en los medios literarios de otros países, porque en él se establecía con certeza el origen montevideano del autor de "Les Chants de Maldoror", el poeta que más asombro, conjeturas, juicios contradictorios y leyendas ha suscitado en el rico parnaso francés desde fines del siglo XIX.

Se pensó en seguida en publicar la traducción española de ese libro. Pero, a pedido de "Les Cahiers du Sud,

primero, y de otros editores más tarde, se preparaba una edición francesa más completa -puesto que se seguía investigando- la cual sería finalmente traducida al español.

Muchas circunstancias han desviado esos propósitos. Por eso hoy, sin tener una certitud sobre la fecha de publicación del nuevo libro -que ha crecido mucho en 46 -- años- nos hemos decidido a publicar este pequeño librito, que no es la traducción del libro publicado en 1925.

Se trata de dos artículos de los mismos autores aparecidos en el suplemento literario de "La Nación" de Buenos Aires. El primero de ellos: "Primer documento sobre - Lautréamont" se publicó el 31 de marzo de 1935. El segundo: "La leyenda de Lautréamont", apareció el 9 de junio - de 1935. Se nos preguntará por qué publicamos estos dos - artículos y no la traducción del libro aparecido en 1925. Es porque creemos que no corresponde hacerlo, puesto que está a punto de aparecer la nueva edición francesa de la cual se hará la traducción. Consideramos, además, que en estos dos artículos están expuestos los aspectos biográficos fundamentales del gran "desconocido", tal vez con más precisión que en 1925; y contienen lo esencial del libro en cuanto a dar el ambiente del Montevideo que vio nacer al poeta, muchos de cuyos pasajes han sido repetidos por otros autores. Todo esto ha sido posteriormente más comentado que aclarado; y más que enriquecido con datos concretos, lo que ha sido con hipótesis. La crítica sí, se enriquece día a día. En el instrumento humano las posibilidades de resonancia y de captación son infinitas.

Un testimonio del acta de bautismo de Isidoro Luciano Ducasse, expedida el 18 de agosto de 1924 por el vicario Mariano Howard, a pedido de los Guillot Muñoz, se publicó en la "Revue de l'Amérique Latine" (4e. année-Tome IX, N° 38) el 1° de febrero de 1925, acompañado de un ar-

tículo firmado por Alvaro Guillot Muñoz, y asímismo precedido de una nota de la redacción de la revista, de la cual transcribimos el párrafo final (*).

Dice así: "Tenemos el placer de agradecer aquí públicamente al señor Alvaro Guillot Muñoz el habernos enviado este precioso documento, cuyo facsímil y cuya traducción publicamos a continuación. Gracias a él se encuentra aclarado un punto de Historia Literaria que señala, una vez más, la conjunción de América Latina y Francia".

2.- Apariencia de Lautréamont

Podría agregarse, como complemento de la leyenda lautréamontiana algo sobre la apariencia física de Isidoro Ducasse.

Hay dos imágenes aportadas por aquéllos que un día lo vieron.

Una de ellas lo muestra como "un muchacho lindo, pero sumamente travieso, barullero e insoportable". Es el Isidoro Ducasse que conoció don Prudencio Montagne cuando él tenía seis años y el joven Ducasse tenía 18 años.

Es otra muy distinta la que cita Pichon Riviere, y ésta se debe al recuerdo que del poeta tiene uno de sus condiscípulos del Liceo de Pau, en el que estuvo Isidoro Ducasse durante los años 1863, 64 y 65. Este amigo de Lautréamont, Paul Lespes, dice: "Era un joven alto, delgado, un poco encorvado, de tinte pálido, los cabellos largos y caídos sobre la frente, con voz destemplada y una fisonomía muy poco atractiva".

¿Qué podemos hacer con datos tan contradictorios, librados a la memoria, una memoria que ha debido desandar -en ambos casos- un largo camino de cincuenta o sesenta años para llegar a un lugar en donde todo está cambiado?

Hubo también dos evanescentes imágenes que se supone fueron tomadas un día directamente del poeta. Una de ellas, proporcionada por el poeta Vasseur, consistía en un daguerrotipo, pero tan deteriorado, que no fue posible tener la más mínima idea sobre lo que representaba.

La otra, una foto ofrecida por una tía del poeta a los Guillot Muñoz, desapareció en un allanamiento policial en momentos de conmoción política, en enero de 1935. Pero de ella, al menos, nos queda lo que nos dice el poeta Ipuche: "Alvaro acaba de conseguir de manos de una tía de Isidoro el único retrato que hoy se conoce del gran poeta. Demuestra tener allí 18 o 20 años, y es tan parecido con nuestros jóvenes de esa edad, tiene el aire de Montevideo tan visible, que, verlo, desconcierta de sencillez circundante, casi casera.

Es alto y jovial, de una salud provocativa. Esa amargura legendaria de que lo envuelven, no anda ahí".

Y están también, sin ninguna conexión con la leyenda ni con los datos de la memoria engañosa ni con una realidad que se escabulle, las representaciones que han dado dibujantes y grabadores de ese ser incognoscible.

En "Le Livre des Masques" de Rémy de Gourmont, figura un retrato hecho por el dibujante Valloton; es un bello adolescente de mirada grave y labios apretados.

En el libro de G. y A. Guillot Muñoz hay un grabado de Adolfo Pastor el que estaría de acuerdo –casualmente– con los recuerdos que del Isidoro Ducasse tenía Paul Lespes.

Aquí tampoco habrá "que arguir ni de qué hacer consecuencias" pues todo puede ser encantamiento.

(*) *Lamentablemente, y por razones de composición gráfica que crean al respecto una dificultad insuperable, no podemos insertar en esta edición dicho facsímil, que nos había sido cedido por la señora Martínez de Guillot.*

Precio de venta al público: $ 150.-